

interpretación que en definitiva lo lleva a negar el sentido de todo el capítulo 5º del libro III: indicar la diferencia que impera entre algo que es activador de todo pensar y algo que gracias a esa actividad última es capaz de pensar. Ross concluye en efecto: "passive reason is called passive not because it is itself passive... but because it depends on sense perception" (p. 47).

Se ha discutido con minuciosidad una interpretación pudiendo tomarse también otras. La razón para ello es que se trata no sólo de una cuestión fundamental sino de un caso que muestra con cierta claridad los límites de los trabajos del profesor de Oxford: en lo referente al texto prestan enormes servicios y constituyen un avance decisivo de la ciencia filológica; en las interpretaciones en cambio, especialmente cuando hay implicado un problema filosófico importante, suelen producir cierta decepción. Para una comprensión cabal de Aristóteles las contribuciones de Sir W. D. Ross son sin duda absolutamente necesarias, pero de ningún modo suficientes.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO M.

MARCOS A. MORÍNIGO: *DICCIONARIO MANUAL DE AMERICANISMOS*. Dirección, textos, prólogo y bibliografía de... Buenos Aires, Muchnik Editores y Seix Barral, 1966. 738 pp.

El lingüista profesional elude por norma la tarea de confeccionar diccionarios de la lengua usual; son tantos y de tal gravedad los reparos teóricos que se le ofrecen delante, que cuando se decide a abordarlos para darles soluciones que se concreten en normas de operación, ellas resultan corrientemente impracticables por lo onerosas o por lo complejas. Por ello, la recopilación léxica es característicamente quehacer de prácticos y aficionados a las cosas del lenguaje, que simplemente no se plantean cuestiones de principios y proceden a la acción directa según técnicas ancestrales y de fruto conocido; ellos mantienen viva la tradición del diccionario y de los materiales fundamentales que lo constituyen, que pasan de uno a otro en una corriente libresca y muchas veces artificial.

Bien lo sabe un filólogo del prestigio de Morínigo, que presenta su *Diccionario manual de americanismos* dejando claramente establecidos en el prólogo los caracteres de su intervención en la empresa: depuración de los testimonios, selección del material (cf., p. 13). Es la alternativa, frente a una faena imposible, cual sería proceder a un levantamiento sistemático y metodológicamente uniforme del campo. Se ve, pues —y Morínigo se apresura a sentarlo (pp. 12-13)—, cuánto depende él de sus fuentes, sus predecesores, que constituyen, en rigor, un conjunto heterogéneo y multi-forme, no por disparidad de propósitos —de alguna manera, todos han querido recoger americanismos— sino por la anarquía metodológica y

conceptual y por la desigual repartición de las contribuciones en el contorno americano: desequilibrio en el caudal bibliográfico para cada región, desnivel en las fechas de prospección. Siendo así, los riesgos están por todos lados, y el filólogo tiene harto quehacer con la sola tarea de limpieza de la ingente masa de datos.

El lector a quien está dirigido este diccionario ("los lectores de obras literarias, históricas, sociológicas y científicas hispanoamericanas", p. 11) puede tener la tranquila seguridad de contar aquí con el mejor auxiliar práctico para sus dudas léxicas, tanto por la jerarquía del autor —especialista particularmente consciente de su responsabilidad de lexicógrafo—, como por lo que él le ofrece (los americanismos "difundidos por todo el mundo hispánico y usuales en el habla normal de todo el continente, los familiares en amplias zonas de éste por encima de las fronteras nacionales y los conocidos a través de las obras literarias de fama extranacional", p. 11), revestido todo ello, además, de un notorio aire de modernidad. Ante eso, las compilaciones anteriores de Malaret y Santamaría, con tener la indiscutible importancia que Morínigo les reconoce ("obras que tienen toda nuestra estimación por sus méritos intrínsecos tanto como por el ingente esfuerzo que la compilación de ambos supone", p. 12), aparece como acumulación indiscriminada de toda suerte de materiales, ostentando, además, cierta desproporción en la representación de las áreas lingüísticas americanas (cf. pp. 12-13).

El lingüista y el filólogo, por su parte, deben ser generosamente indulgentes y tener en cuenta hasta qué extremo la labor de Morínigo ha estado condicionada por los aportes bibliográficos de que hoy se puede disponer, y antes que de censura, sus observaciones han de tener el carácter de amistosa advertencia.

En tal camino, resulta muy difícil hacer constar valederamente omisiones: se trata de un léxico selectivo, de criterios elásticos (noto, con todo, por caso, que un *guacho*, pedido por un *huacho* que remite, no es posible hallarlo donde habría de estar); igualmente, no tendrá uno mucho que notar en la formulación de las acepciones (quizá no habrá otro caso igual al divertido *trolebús* de un solo tomacorriente que inventó Morínigo: "Omnibús eléctrico de cuyo techo parte un brazo metálico, terminado en una polea, que comunica con un cable conductor de electricidad", p. 644; ¿qué es hoy concretamente la *poronga*?); pero en las imputaciones geolingüísticas parece que hay bastante que revisar. Un conecador chileno, por lo pronto, echará de menos la referencia a *Chile* en voces como *colonia* (1ª y 2ª aceps.), *colono* (1ª), *chusma* (cuya 2ª acep., que es la nuestra, está confusa e incompletamente presentada), *mariposón* (si bien el uso nuestro equivale concretamente a 'homosexual'), *open door* (2ª), *pacotilla* (de...), si bien con la acepción anotada bajo *pacota*), *pachotada*, *pichincha* (1ª), *pichulin*, y así; en general, todo el conjunto de expresiones pertenecientes al campo semántico del complejo sexo-excretor adolece de fallas con referencia a Chile, y ello —puede estar uno seguro— se debe a la tontona gazmoñería de nuestros compiladores.

A cambio de ello —un factor incontrolable— Morínigo ofrece su más personal contribución de filólogo, que convierte a su diccionario en una obra única en su género, que salta lejos por sobre los modestos propósitos declarados. En un crecido número de artículos suele encontrarse, encabezada por la abreviatura OBS. (= observación), una disertación erudita que plantea en términos sucintos y contundentes una cuestión generalmente etimológica. Puedense destacar, escogidos al azar, los comentarios a propósito de *acajú*, *achiote*, *achura*, *carey*, *carpa*, *cigarro*, *cobaya*, *coca*, *coco*, *colibrí*, *churra*, *manatí*, *mandioca*, *maraca*, *mico*, *mizteco*, *pachuco*, *payar*, *pecari*, *pilcha*, *recién*, etc., y, coronando el conjunto, el largo análisis de *gaucho* (pp. 279-283: más de siete columnas), donde Morínigo propone y cimienta una etimología simplemente brillante por lo ampliamente comprensiva: el híbrido guaraní-español *ca'úcho* 'borrachín'. Quizá el entusiasmo por este étimo, donde hay que manejar el guar. *ca'ú-in* 'alcohol', y el "conocimiento de esta lengua y de las que le son afines y sus dialectos" (p. 13), han llevado a Morínigo a arriesgar una etimología descabellada del chilenuismo *cahuin* (sin tilde allí) o *cagüin*, haciéndolo derivar del guar. *ca'ú* 'borrachera' e *in* 'agua'; desde Lenz, por lo menos —*Diccionario*, pp. 158 y 845—, se sabe que proviene del map. *kawiñ*, término de amplia gravitación religiosa y social, que sólo por traslación ha pasado a significar 'borrachera', 'jolgorio', y luego 'enredo, confusión, embrollo'¹.

MARIO FERRECCIO PODESTÁ

WERNER BEINHAEUER: EL ESPAÑOL COLOQUIAL. Madrid y Santiago de Chile, Gredos y Sala y Grijalbo, Ltda., 1963. 447 pp. Versión española de Fernando Huarte Morton.

El libro de Werner Beinhauer, presentado ahora al lector hispánico en un renovado ropaje castellano, merced a la laboriosa traducción de Fernando Huarte, merece del reseñador simplemente un rendido acto de homenaje. Se trata de una obra excepcional, por su muy difícil factura, briosamente gobernada, por su abrumadora masa de datos, cuidadosamente ordenados, por la sucinta acotación que acompaña siempre a cada uno de ellos, explicando su connotación afectiva, estilística, social, su origen, su formación. Y lo que, lateralmente, llama al asombro es que, consistien-

¹En una nueva edición convendrá despejar las erratas, demasiado frecuentes, y rectificar los reclamos de la cornisa, mal administrados aquí: el de la página par debe reproducir la primera voz de esa página, y el de la impar, la última correspondiente. En la bibliografía habrá que añadir el último lexicón chileno de cierta importancia: José Miguel Yrarrázaval, *Chilenismos*. Santiago de Chile, 1945. 375 pp.